

María, en *La Cuba secreta*, distingue a Baquero junto a Lezama, hasta el punto de escribir: «Bastarían la poesía de Lezama y la de Gastón Baquero para que se probara [...] que la suntuosa riqueza de la vida, los delirios de la sustancia están primero que el vacío; que en el principio no fue la nada. Y antes que la angustia, la inocencia, cuyas palabras escritas y borradas en la arena permanecen sin letra, libres para quien sepa algo del misterio»¹⁰. Como el Hölderlin, inocencia es la palabra básica para Zambrano, concepto sobre el que se edifica la profunda humanidad de esta poesía que contrapone al existencialismo en boga, hasta el punto de llamarla «poesía cubana de la contra-angustia».

En otro momento de su ensayo María Zambrano resalta: «En medio de la vida de Cuba tan despierta, Cuba secreta aún yace en su silencio. Y así, nada es de extrañar que este grupo de poetas hayan llevado y prosigan una vida secreta y silenciosa». A continuación pasa a ocuparse, con gran tino y elegancia, de la obra de cada uno de estos diez poetas originistas; pero conviene ahora detenerse, siquiera sea un momento, en esa vida secreta cuyo misterio es develado por la aparición conjunta de sus versos. Esa Cuba repleta de fuerza espiritual, de fuerza creadora, de impulso poético, que va más allá de la palabra y fructifica en el sonido, en la luz, en el color e incluso en el amor, ha existido, existe (pese a tantas dificultades) y hago votos porque siga existiendo en el incierto a la par de esperanzado futuro de la isla.

Lezama Lima era, para María, alguien que volvía a nacer en cada momento, que renacía constantemente. Y el alba, la aurora, son visiones, vivencias asimismo esenciales de la Zambrano. Curiosamente La Habana, ciudad de tan acrisolada mitología nocturna, es, para ella, la primera hora de esa luz indecisa, titubeante, que preludia la creación, el día luminoso: «en La Habana he visto —comenta en una de sus últimas cartas a Lezama—, bebido más que en parte alguna el alba, el alba hasta que salía el sol que me asustaba».

El alba es la antesala del día, el despunte de la primera luz. Tiene que ver con el concepto de lo prenatal, de lo que aún no ha nacido. El alba y la aurora son por otro lado en ella vivencias ligadas sobre todo a Cuba y a España, casi ínsula. Esa capacidad de renacimiento, de resurrección del alba le lleva a la República soñada por Martí y a la II República española, en cuya trascendencia siempre creyó, mucho más allá de su fracaso y derro-

¹⁰ María alude al famoso poema de Gastón Baquero «Palabras escritas en la arena por un inocente».

¹¹ Op. cit., Barcelona, Anthropos, 1986.

ta. En su ensayo «La experiencia de la historia», perteneciente a una de sus últimas recopilaciones, *Senderos*, nos dice: «una nueva vida, un nuevo mundo, hubiera quedado fundado para siempre. Y la revolución verdadera andaría desde entonces en la libertad inacabable. Una nueva vida habría al fin atravesado el dintel que le opondría la historia habida hasta ahora: la historia sacrificial»¹¹. Estamos pues ante el punto opuesto a esa historia que se funde con la realidad y con la poesía, cerca de la intrahistoria unamuniana. Renacimiento, resurrección, iniciación, anunciación, revolución son para Zambrano términos asociables a la luz del alba. No importa su aparente fracaso o derrota; importa su despunte, la senda de un siempre posible renacimiento.

Ese renacimiento, ese renovado despertar a la vida, es el territorio natural de la poesía. En otro momento inolvidable de su *Cuba secreta*, centrándose ya en la poesía de Lezama, su alma gemela, nos descubre: «Y así, la poesía de Lezama, que es acción y no contemplación, se sitúa, a pesar de sus complicadas y a veces cristalinas formas, en ese lugar primario que corresponde a la poesía que se adentra en la realidad despertándola y despertándose». Poco antes lograba una de las definiciones más lúcidas y creativas que yo recuerdo de lo que entendemos por palabra poética. «La palabra poética es acción que libera al par las formas encerradas en el sueño de la materia y el soplo dormido en el corazón del hombre. No despierta el hombre en soledad, sino cuando su palabra despierta también la parcela de la realidad que le ha sido concedida a su alma como patria». Para Zambrano «sólo es posible la contemplación cuando ya las formas han sido liberadas y aquietada el hambre originaria de la realidad». Porque esa hambre, esa voracidad tan lezamiana, esa «avidez insaciable de realidad», es la verdadera «raíz de la creación poética». Si la filosofía, hija también de esa hambre, se nutre de las ideas, la poesía «ha de descender a los infiernos, de donde Orfeo la rescató dejándola a medias prisionera, antes de que le sea permitido ascender al mundo de las formas idénticas en la luz». De ese modo «habitará como verdadera intermediaria en el oscuro mundo infernal y en el de la luz, donde las formas aparecen»¹².

A partir de la obra de Lezama, María Zambrano, como acabamos de comprobar, nos elabora en *La Cuba secreta* toda una concepción de la poesía, su poética. Posiblemente sea este ensayo, junto al que dedica por esa época a San Juan de la Cruz, el núcleo de su pensamiento poético. No en vano nos dirá que la poesía de Lezama nos conduce a «las oscuras cavernas del sentido». Góngora ha sido por lo general el referente clásico, si nos

¹² *La Cuba secreta*, op. cit., 111-112.

atenemos al sustrato hispánico, de la concepción poética lezamiana, ligada casi siempre al barroco. María Zambrano nos adentra en la vena mística de San Juan, a quien considera como uno de los impulsos creativos fundamentales de Lezama. El propio poeta, asintiendo con su amiga, proclama: «El Paradiso será comprendido más allá de la razón. Su presencia acompañará el nacimiento de los nuevos sentidos». Y en *Sierpe de Don Luis de Góngora*, texto clave entre los lezamianos, el poeta concluye en atinada síntesis: «Será la pervivencia del barroco poético español, las posibilidades siempre contemporáneas del rayo metamórfico de Góngora envuelto por la noche oscura de San Juan». Fina García Marruz, incluida entre los diez poetas antologados, en su ensayo *La poesía es un caracol nocturno*¹³ nos indica cómo el deleitoso gongorismo de Lezama debe pasar por un riguroso ejercicio que lo acerca a la «Noche oscura», ya que busca el ser conducido, por vía iluminativa, a una unidad primordial. Esa «maravillosa unidad de poesía, pensamiento y religión» que Zambrano encuentra en San Juan, y que hallamos del mismo modo presente en el mundo poético de Lezama Lima y de María Zambrano.

Esa unidad reclamada sólo es posible en la luz, en esa «Llama de amor viva» que únicamente se alcanza tras la inmersión en la tiniebla, tras la *Temporada en el infierno*. Volvemos, en definitiva, a ese estado prenatal, a esa «Noche oscura», a esa muerte en vida, a ese descenso a los íferos como paso previo a la luz: «Aunque parezca imposible, existe un medio entre la vida y la muerte —aclara María en su ensayo sobre el místico—. San Juan nos muestra que se puede haber dejado de vivir sin haber caído en la muerte; que hay un reino más allá de esa vida inmediata, otra vida en este mundo en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas. No ha sido un abandono de la realidad, sino un internarse en ella, un adentrarse en ella», «entremos más adentro en la espesura». Por eso no es la nada, el vacío, lo que aguarda a la mariposilla a su salida; y tampoco la muerte, sino la poesía en donde se encuentran en entera presencia todas las cosas»¹⁴. Un nuevo y bello testimonio de que estamos, de nuevo, ante una poética de la contra-angustia, ante una obra en busca de la luz.

En varios momentos de este trabajo hemos hecho referencia al importante papel que tiene la luz en la obra de Zambrano. Una de las características esenciales de la insularidad es la luz, y la luz es lo que define a la isla. En su libro *Delirio y destino*, aludiendo a su viaje de La Habana a París,

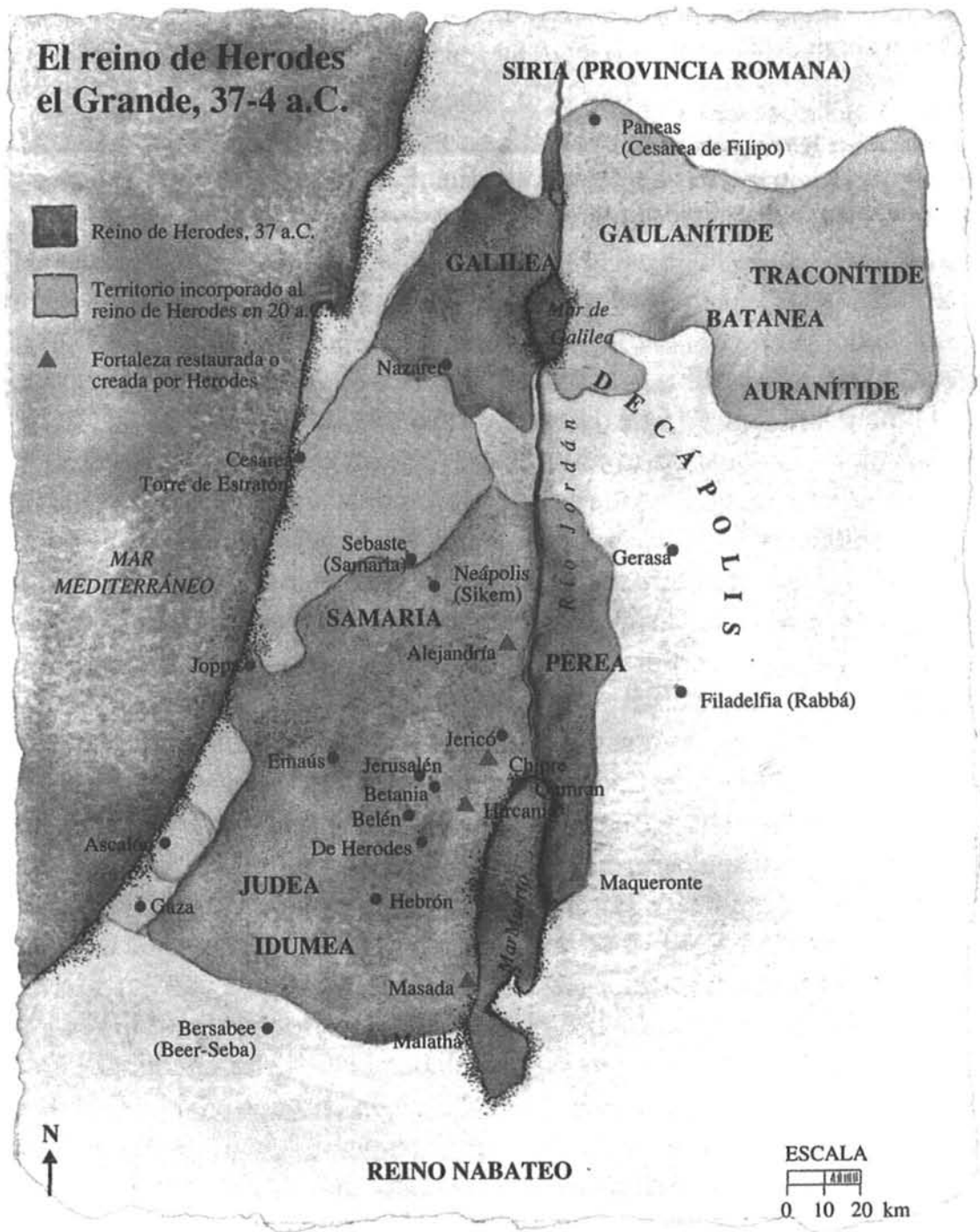
¹³ En Coloquio Internacional sobre la obra de José Lezama Lima. Poesía, Madrid, Espiral, 1984.

¹⁴ «San Juan de la Cruz», La Habana, La Verónica, noviembre, 1942.

escribe: «Había transcurrido este tiempo, largo, sin apenas fechas. Habían pasado los días cayendo como gotas de luz, en esta isla apenas posada sobre las aguas. En esta isla en la luz, más que en el mar. Luz que la guardaba a veces como en un fanal azul y a veces la dejaba al descubierto, a la intemperie del fuego solar y de la luna. En el «invierno» la Isla es como una plataforma de tierra vuelta hacia los astros, como si flotara en el océano, luminoso u oscuro, del espacio interestelar».

No veo mejor manera de terminar estas notas, que hacerlo, una vez más —aunque ahora con más justificación que nunca—, con las propias palabras de quienes han hecho posible esta exposición, esas dos almas gemelas que fueron María Zambrano y José Lezama Lima. En carta escrita pocos meses antes de morir, Lezama envía a María estas líneas: «Desde aquellos años está en estrecha relación con la vida de nosotros; eran años de secreta meditación y desenvuelta expresión. La veíamos con la frecuencia necesaria y nos daba la compañía que necesitábamos. Éramos tres o cuatro personas que nos acompañábamos y nos disimulábamos la desesperación. Porque, sin duda, donde usted hizo más labor de amistad secreta e inteligente fue entre nosotros. De ahí empezamos ya a verla con sus ojos azules, que nos daban la impresión de algo un tanto sobrenatural que se hacía cotidiano. Yo penetraba en la Cuba secreta, que existirá mientras vivamos y luego reaparecerá en formas impalpables tal vez, pero duras y resistentes como la arena mojada».

Y qué mejor respuesta, si ésta cabe, a estas palabras de Lezama, que estas otras a él dirigidas veinte años antes, donde la escritora nos demuestra que su encuentro con el poeta era, como nos dijo en otra ocasión, un encuentro sin principio ni fin, *inacabable*, lejos ya de esa convención a la que llamamos tiempo: «Mucho me conmovió su hermosa carta. Veo que dejé raíces en La Habana donde yo me quedé por sentirlas en lo más hondo de mí misma. En aquel domingo de mi llegada en que le conocí, la sentí recordándomela, creí volver a Málaga con mi padre joven vestido de blanco —de alpaca y yo niña en un coche de caballos. Algo en el aire, en la sombra de los árboles, en el rumor del mar, en la brisa, en la sonrisa, y en un misterio familiar. Y siempre pensé que al haber sido arrancada tan pronto de Andalucía tenía que darme el destino esa compensación de tener que vivir en La Habana tanto tiempo, que las horas de la infancia son más lentas. Y ha sido así. En La Habana recobré mis sentidos de niña, y la cercanía del misterio, y esos sentires que eran a la par del destierro y de la infancia, pues todo niño se siente desterrado. Por eso quise sentir mi destierro allí donde se me ha confundido con mi infancia. Gracias por tenerme presente, por no sentirme lejos ni perdida, por saberme de Vds. en modo muy verdadero».



Reino de Herodes el Grande